

noches la comarca, una anciana venerable, encorvada por el peso de más de una centuria y encanecida por los embates de la suerte, con paso lento se dirige hacia la piedra para lavar su ropa. Esa anciana de cascada voz aún recuerda a la *señora Sixta* y al *amo Santander*, y de sus labios he recogido grandiosas tradiciones de mi aldea. Ella es, quizá, el único testigo viviente de esa época de fe y de sencillez que, por desgracia, no ha vuelto a nuestros pueblos.

Tales son los recuerdos que guarda la historia de Soacha entre los viejos pergaminos de la iglesia parroquial; tales son las ruinas sagradas que lucen en su suelo.

Envuelta entre las nieblas del Tequendama, cuyos rumores parecen arrullarla, duerme en el olvido; no obstante tiene laureles inmarcesibles y glorias inmortales: muestra en la diestra la lanza del *Mochuelo* y abriga, bajo el brazo izquierdo, *La Manuela*. Pensando en Bochica y evocando los mohanes, aguarda, quizás, un poeta, para confiarle sus tradiciones y leyendas.

J. F. FRANCO QUIJANO

Colegio del Rosario, marzo 1915.

UNA OBRA INÉDITA

de don Manuel del Socorro Rodríguez

(Continúa)

DISCURSO III

La variedad de sectas

El idioma hebreo, aquella lengua primitiva que se le dio infusa al hombre en el paraíso, fue después del universal diluvio casi confundida entre una asombrosa multitud de variedad de idiomas; y este suceso presenta el más adecuado símil de la suerte que ha corrido en todos tiempos la verdadera religión. Si a ésta la

consideramos desde el principio allá en los días de la Sinagoga, hallaremos que la fiel creencia de los justos fue atacada con una multitud de cismas impíos; y si la consideramos después de la venida de Jesucristo, con el carácter de ley de gracia, no podremos menos sino admirarnos del sinnúmero de perniciosas sectas que la han combatido con el diabólico empeño de eclipsar su gloria y de hacer dudosa su divina legitimidad.

Desde el primer siglo del cristianismo abortó el infierno a los inmundos espíritus de Simón Mago, Cerinto, Ebion, Nicolás, Menandro, Himeneo y Fileto, los que, dominados de las pasiones más horribles e indecentes, inventaron un cúmulo de errores contra el verdadero espíritu de la ley evangélica y sólida creencia de la Iglesia católica. A éstos siguió después una innumerable multitud de herejes que parece han tomado por empeño el exceder cada uno exclusivamente la soberbia e impiedad de los demás que les han precedido en las artes capciosas de la impostura. Pero convengamos en que entre esa infinita chusma de abominables monstruos, los más funestos al género humano han sido Mahoma, Lutero y Calvino; porque este diabólico triunvirato ha conducido al abismo de perdición un asombroso número de almas infelices que por toda la eternidad estarán llorando la pérdida del Sumo Bien.

Da vergüenza y compasión a un mismo tiempo el considerar cómo esos torpes heresiarcas y los demás fanáticos y libertinos de estos últimos tiempos hayan podido seducir tan fácilmente con sus groseros engaños a ciertas naciones que por su ilustración hacen una figura muy distinguida en el orbe político. ¡Ah, ved aquí el horrendo triunfo de las pasiones cuando se desprecia el poder de la divina gracia, que es la única que puede hacer feliz a la naturaleza! Pero, aquí es el lugar en que me contraiga a otras reflexiones de mayor peso para darle más fuerza y claridad a este discurso.

Si ningún viviente racional puede negar que por su propia existencia conoce que existe también un Dios criador de todas las cosas, tampoco puede negar por este mismo principio que siendo Dios y el alma inmortales, es preciso que AQUÉL le haya inspirado a ésta una religión verdadera y un culto religioso de absoluta uniformidad, para que adore y se una siempre con su divino bienhechor, que la formó a su imagen y semejanza. No siendo esto así, sería forzoso creer que la existencia de ambos era un engaño fantástico, pues carecía de providencia y de razón que conservase inviolablemente la unión recíproca del Criador con su criatura por un medio fijo e inmutable. Medítese bien este argumento, y se conocerá entonces que aun el manarca, el legislador, el maestro y el padre de familia más ignorante no establecería jamás una obediencia y subordinación tan desordenada y arbitraria entre sus discípulos, súbditos e hijos, dejándolos abandonados a los funestos caprichos de su antojo.

Si maliciosamente se alegare que en esa libertad de conciencia consiste el gran privilegio del libre albedrío con que el Supremo Señor dotó graciosamente a sus criaturas, a tal objeción responderé de este modo. Habiéndosele dado al hombre un pleno conocimiento del bien y del mal, y del premio y el castigo, se le concedió generosamente la noble libertad de que pudiera usar con toda franqueza de su espontánea elección. Se le brindaron a un mismo tiempo innumerables auxilios y recursos con que, ilustrada su mente y fortificado su corazón, pueda en todo tiempo atesorar méritos, si, cooperando por su parte con el poderoso influjo de la divina gracia, aborrece el vicio, ama la virtud, y camina constante por la recta senda de la verdadera religión a unirse con el Sumo Bien. En este pensamiento está comprendido cuanto hay que saber en la materia, por más que la filosofía anticatólica pretenda eludir una verdad tan clara y evidente como la misma existencia del sol. Sí, por cierto; esa multitud de sectas inventadas por el

diabólico capricho de los libertinos, es la extravagancia más ridícula que se podía discurrir para degradar al espíritu humano de su nobleza, y esclavizar vilmente a la razón.

Aunque el mundo, el demonio y la carne estén tan empeñados en darlas una apariencia de autoridad, de cultura y brillantez, ellas no son más que unos groseros trampantojos, capaces solamente de alucinar a los genios pueriles y extravagantes que gustan de apacentarse en los pestíferos muladares de la lujuria, de la soberbia y de la impiedad.

¡Infelices! ¿Cómo es que os dejáis engañar con un cúmulo de ignorancias tan manifiestas que las ridiculizaron con su conducta inconstante y sediciosa los mismos que se gloriaban de ser sus inventores? ¿Cómo puede ser que en esa llamada libertad de conciencia, permanezca ninguna conciencia segura, cuando esta seguridad sólo puede darla la verdadera religión en la práctica fervorosa de las tres virtudes teologales? Desengañémonos; la fe, la esperanza y la caridad, practicadas con la religiosa exactitud que les corresponde, forman el triple lazo que jamás podrán romper todas las fuerzas reunidas del infierno.

Es necesario saber que sólo hay tres modos de lumbres que nos guían por el camino de la verdad, y son éstas: la luz del conocimiento natural, la luz de la ciencia adquirida y la luz de la fe católica. La primera es común a toda alma racional; la segunda es causada por la educación política y literaria, y la tercera, por el estudio y observancia de la religión evangélica. Sin esta luz, las dos primeras son demasiado imperfectas y propensas al error, porque las pasiones las oscurecen con mucha facilidad, y sólo el norte de la divina gracia es siempre claro e infalible.

Por falta de esta importantísima reflexión es que han claudicado miserablemente todos los herejes y sectarios, no queriendo conocer que las dos primeras luces se apagan con el soplo de cualesquiera pasión. De

aquí es el error crasísimo de creer que proceden en buena conciencia esos que se dicen *protestantes*, y los que niegan la obediencia a la cabeza visible de la Iglesia, sabiendo que ni puede haber protesta justa acerca de las infalibles verdades publicadas en el Concilio Tridentino, ni legítima separación del Supremo Pastor del cristianismo, pues siendo uno e indivisible el espíritu de la Iglesia, no puede ésta tener más que una sola cabeza. Pero todo esto se mira con un alto desprecio, cuando se trata de dar bulto a los groseros fantasmas que ha inventado el libertinaje para que prevalezca el imperio del vicio contra el de la virtud. En conclusión, todo esto se mira con los ojos inflamados en el mal humor de la pasión que domina a cada uno, y por eso, así como los que adolecen de ictericia ven todos los objetos amarillos, de la misma suerte los que padecen de la enfermedad terrible de corrupción de espíritu.

DISCURSO IV

El estudio de la religión

Yo no duño, mi amado Peter, que con el mayor cuidado y aplicación estudiaras los preciosos libros que te he dado; pero el ardiente deseo que tengo de tu sólida instrucción en la doctrina cristiana, me ha movido a escribirte en este breve opúsculo el mismo asunto de las sencillas conversaciones que hemos tenido sobre tan importante materia. Por eso, pues, te vuelvo a repetir que el estudio de la verdadera religión debe ser siempre tu ocupación más frecuente, y el más delicioso ejercicio de las brillantes potencias con que te ha dotado el cielo.

Yo me recuerdo que el gran padre y doctor de la Iglesia San Agustín, aquel Aurelio, sutilísimo filósofo, y el más contrario de la verdad evangélica hasta los treinta y tres años de su vida, no se cansaba después de admirarse de sus antiguos errores, ni de ponderar (como

consta de todos sus libros) que el estudio de la religión cristiana era toda su delicia. No se puede producir un testimonio más convincente contra los protestantes y demás sectarios, que la conversión y escritos de ese talento sublime de este hombre singular, tanto en su conducta impía como en la católica. Tú lo sabes muy bien, mi amado Peter; y baste con este exordio para que entremos ahora con más facilidad en el fondo de nuestro discurso.

Decía la mística doctora del Carmelo, aquella virgen incomparable en sus talentos y virtudes, que el estudio de la religión es el principal y más digno negocio de todo hijo de Adán. Y en el 67 de sus avisos, se explica de este modo: "Acuérdate que no tienes más de una alma ni has de morir más de una vez, ni tienes más de una vida breve, y una que es particular, ni hay más de una gloria, y esa eterna; acuérdate de esto, y entonces darás de mano a todas las cosas del mundo." ¡Excelentes reflexiones que no se debieran olvidar ni un solo momento! ¡Reflexiones importantísimas que deben formar el único escudo de todo viador si quiere ser feliz!

Cuando yo leo en los fastos de la historia universal que todas las naciones del mundo han mirado siempre el estudio de la religión que han profesado como la base y fundamento de su política y prosperidad, no pueden menos sino llenarme de la mayor amargura al ver la indiferencia con que miramos los que nos preciamos de católicos este asunto de tan alta consideración. Bien sé que por lo común se juzga no consiste en otra cosa el estudio de la religión que en imponernos en los rudimentos del catecismo, donde sumariamente se trata de lo que debemos creer, obrar y recibir; pero aun eso mismo he visto que lo ignoran muchos de los que pasan por sujetos instruidos.

¡Ah, por eso es que el espíritu de impiedad y de filosofismo ha extendido en toda la tierra su abominable imperio! Por eso es que los sacramentos y misterios más augustos de la divina Ley se miran con tanto des-



precio como las ridículas fábulas de la Mitología, y aun quizá ésta se estudia con más ardor y complacencia que el sagrado Código de la doctrina infalible. Y por eso es, finalmente, que desde los primeros años de la niñez no se piensa sino en los estudios de amenidad, de hacer fortuna y de merecer un distinguido lugar en las tertulias políticas, aunque se pierda para siempre el que debíamos solicitar como buenos católicos en medio de la congregación de los justos.

El que leyere con reflexión el salmo 178 no podrá menos sino quedar convencido de que el estudio de la Ley eterna exige mucho más esmero y detención que todas las ciencias; y también sabrá que ninguna de aquéllas puede ser útil ni apreciable si no tiene por guía la de la salvación. Yo quisiera que todos los ancianos y los jóvenes, que todos los príncipes y los vasallos... en una palabra, yo quisiera que todos los hijos de Adán, y principalmente los cristianos, destinasen siquiera una hora en cada semana para leer con reflexión el citado salmo, en donde el real Profeta, lleno de Espíritu Santo, reunió todo lo más importante acerca del estudio de la Ley del Señor. Allí se conoce que la caridad, la discreción, la fortaleza y la tranquilidad, la mansedumbre, la buena fe, y todas las virtudes cristianas y políticas no pueden existir en todo el lleno y esplendor de su dignidad si no son nutridas diariamente por la infalible ley de la sabiduría. Allí se ve que el buen gobierno de los jueces y prelados, el activo celo de los sacerdotes y maestros, la constante fidelidad de la esposa y la ejemplar conducta en todos los estados, sexos y condiciones, viene a ser una emanación esencialísima de esta divina Ley, bajada del Empíreo para fortificar al hombre en el destierro, para consolarlo en el valle de lágrimas y para conducirlo seguramente en todos los riesgos y peligros de esta miserable vida.

Sí por cierto: el estudio de esta Ley suavísima es el que da la completa idea de la verdadera libertad que tanto anhelan los hombres. Ella hace conocer con evi-

dencia que el error más grande en que puede caer un espíritu racional es creer que la religión católica se opone a la libertad civil. Así lo han pretendido sostener los herejes y filósofos inmorales para desacreditar la doctrina ortodoxa y disculpar ellos los vergonzosos desvaríos de su libertinaje. Si la verdadera virtud es la única que puede dar la verdadera libertad y sólo la religión católica es la que puede inspirar la verdadera virtud, de aquí se sigue que el católico más virtuoso será precisamente el más libre.

Es inconcuso que el hombre de bien, sea en la secta que fuere, vive tranquilo en medio de la sociedad, sin temor de las leyes penales, porque en la rectitud de su conducta goza la mayor seguridad. ¿Cuánto más, pues, será la que goza un verdadero católico en quien la hombría de bien es sin duda más perfecta y acendrada por muchas razones? Todas estas verdades nos hace conocer con sencillez y claridad el estudio de la ley evangélica, en la cual están comprendidos todos los principios de nuestra felicidad.

¡ Oh Ley eterna y sapientísima ! ¡ Oh Ley de paz y de salud ! ¡ Dichoso mil veces el que no se cansa de estudiar ! ¡ Por ti no más, puede ser feliz el universo ; pero ¡ ay, cuán despreciada eres y qué abatida andas en este siglo que llaman ilustrado los orgullosos espíritus que profesan el filosofismo !... ¡ Gran Dios, ya es tiempo que vindiques vuestra causa para que triunfe en todos los ángulos de la tierra la sagrada religión que predica vuestro inefable nombre y omnipotente soberanía ! Yo bien sé que ella algún día se extenderá por todos los ámbitos del universo, y que, a la manera del sol circular, brillante desde el oriente hasta el ocaso, dando luz y consuelo a todas las naciones. Así está profetizado en el salmo 18, y así lo creo. Pero, acelerad, Señor, esa época feliz, para que no sea tan copioso el número de los herejes e impíos que, bien hallados en las sombras de la muerte, no quieren seguir el claro resplandor que conduce a la vida.